

LA REVELACIÓN

Autor: H.P. Lovehellmanns / Niso

Había quedado anonadado. Paseaba por un angosto callejón cuando por algún extraño pálpito me dispuse a correr hasta alcanzar casi el final de éste. Mi corazón latía fuertemente mas mi mente no entendía el porqué. Cuando me di la vuelta y observé el lugar del que había huido, vi un fardo de papeles, anotaciones y periódicos caído en el mismo lugar en el que aceleré el paso. ¿Qué tipo de premonición era la que había hecho evitar mi muerte?

Sin duda, no había sido accidental. Había gente que deseaba mi muerte y mi silencio, mas ingenuamente pensaba que mi regreso a Oslo me había ofrecido cierta seguridad.

¡Maldito fue aquel 22 de marzo en que me crucé con aquel barco! Un deber de justicia nos invadió en aquel instante, cuando fuimos advertidos por unos hombres que nos conminaban a dar media vuelta, mientras otros vociferaban extraños cánticos y rimas. La mala reputación de los marinos de aquel yate, sus advertencias y un repentino y escalofriante chillido nos indujo a actuar. ¡Quién sabe qué macabros sucesos podían estar ocurriendo ahí, o qué maldad debían estar protegiendo de la vista de los demás!

Un papel o trozo de tela que aún revoloteaba por el aire, bailando al son del viento, llegó hasta mí desde la pila de papeles que medio se esparcían por el suelo. Tras agarrarlo, sentí la necesidad de volver a correr. Tras de mí, aunque no escuchaba pasos, percibía la presencia de gente, o algún otro tipo de seres, que avanzaban, amenazantes.

Conseguí llegar a casa, exhausto, pero a salvo, por ahora. Mi otra mano aún agarraba ese pergamino, arrugado y parcialmente roto, cuando guardé el llavero y volví mi vista hacia él. Unos extraños escritos yacían, en una grafía que me era totalmente desconocida, casi jeroglífica, pero sinuosa. Una de las líneas parecía repetirse en intervalos irregulares. Me estremecí cuando recordé aquella horrorosa visión de aquel relieve, mitad cefalópodo mitad dragón, en

aquella puerta... en aquel lugar de otro mundo que dejamos atrás. En la base, unas inscripciones que se grabaron en mi memoria. Y ahora las tenía delante.

¿Es esta una revelación del destino? ¿Acaso un papel en el mundo me había ido encomendado? ¿O es la revelación de una verdad que había ignorado y enterrado en lo más profundo de mi ser? Tras las dudas y terrores que asolaban mi mente, comencé a sentir fiebre y a perder parcialmente el conocimiento, pero tan solo el conocimiento de lo que es de este mundo; y empecé a transcender.

Me hallaba de nuevo en aquel maldito islote, fangoso, con pilares y edificios arquitectónicamente imposibles. Cogí el cuchillo que tenía a mi alcance, en la cocina, pero en la de mi mundo, pues el nuestro y aquel eran uno. Y me dispuse a avanzar. Y a entender.

Tas regresar a aquella inmensa puerta esculpida, un frío aliento encogió mi corazón. Ahí lo tuve, delante, aquel inmenso y grotesco ser lleno de tentáculos. Mas no me atacó. Me habló.

“Ph’nglui mglw’nafh Cthulhu R’lyeh wgah’nagl fhtagn”

Tras escuchar aquellas indescriptibles palabras, me adentré en un mundo aún más onírico que en el que estaba. Tenía una visión aérea de nuestro mundo, amplia de todo él, imposible, como una perspectiva omnipresente. De repente, de los mares emergieron nuevas tierras, pantanosas, decrepitas, verdes. El Sol, o tal vez la Luna, se reflejaba en las charcas de aquellos nuevos lares; mientras un ingente número de criaturas, más pequeñas pero de apariencia similar a la de aquel horrible ser, emergían. Los árboles se convirtieron en lodo, los edificios caían, y la realidad se difuminaba; mientras otros edificios y construcciones, imposibles, se hacían realidad.

Poco a poco mi perspectiva se hizo angosta, hasta que lo único que vi fue mi propia habitación. En la rendija entre el armario y mi pared, otra horrenda criatura, serpentina, mitad perro, me observaba, y luego se alejó, adentrándose en alguna grieta que no debía estar ahí.

Entonces comprendí. Una revelación de lo inminente, lo inevitable. Había visto la descreación.

Aún no había tomado mi tiempo asimilarlo, cuando unos impetuosos golpes aporrearon mi puerta. Aún así mi cuchillo. Mi esperanza. Abrí la puerta y, tras un forcejeo, conseguí atravesar el corazón de aquel sectario ataviado en túnica blanca.

Aún tenía cosas que hacer. Al fin, tras un ímpetu de determinación y raciocinio, lenta pero no menos firmemente rebané con mi cuchillo la garganta. Unos segundos de agonía no eran más sino un consuelo, comparado con el cruento tormento que con toda certeza recién iba a padecer este mundo.